

# LOS INGLESES EN ESPAÑA.



## SEVILLA

### AL CONDE DEL ABISBAL

*A LAS VALEROSAS TROPAS DEL EJERCITO  
de reserva de Andalucía.*

**C**onde ilustre, y Scipion valeroso, O'Donnell magnánimo, un momento del placer mas seductor, que inunda el corazon de los Sevillanos, se consagra en este dia á tu heroicidad y valor de los Pirros y Annibales gloriosísimos. Sevilla, este gran pueblo justo admirador de las acciones ilustres, se complace al ver resonar las riberas del caudaloso Guadalquivir, y que en momentos no menos venturosos, sus hermosas ninfas entonaron himnos á tus legionarios fuertes é invencibles. Pisaron estos sitios amenos un dia aquellos animosos espartanos, que acababan de humillar la arrogancia del Mardonio frances, en unos campos no menos celebres que los de Orcho-mena, donde los Aristides y Pausanias, gefes ilustres de los Lacedemonios y Atenienses, inmortalizaron el valor de sus guerreros. Los bravos macedonios, y godos imperterritos, que has conducido al templo del honor y de la gloria, son los mismos que se presentaban en la Gran Parada del prado de San Sebastian y Tablada: aquellos mismos que amaestraste, qual otro Corbulon, á sus centurias y valerosas cohortes en Alemania; aquellos mismos á quienes tu disciplina militar como la de Mario, les ha dado vigor, les ha dado fortaleza, les ha dado animosidad, les ha dado el triunfo: aquellos mismos, que imitan las virtudes militares de los velites y priarios del Sci-

pion vencedor, de quien has heredado todo el esplendor de su gloria, y la de tantos catones, que honran el Capitolio. Roma, tú ideaste en los tiempos de tu prosperidad y fama las coronas muradas, cívicas y navales en que se empleaba la grama, las palmas y el laurel, para coronar las sienes de los que triunfaban en el Tigris remoto, y márgenes del anchuroso Tajo. Sí, conde ilustre: Roma colgó de las paredes de su Capitolio los mismos trofeos, que conseguían sus legionarios belicosísimos; no trofeos que vió la misma Roma grabados en los monumentos erigidos en la arena del Tyber, y en que solo se esculpían los fastos de la barbarie humana. ¿Y Sevilla no tendrá artífices, para que cincelen en el bronce, ó graben en el duro marmol las proezas inauditas de los que acaban de arrollar al frenético y orgulloso Mariscal, por quien hablan las fortalezas de Scuchtin, de Weymar, de Malburg, de Colberg, de Lasbelk y de Custrin? Si los transportes de una alegría encantadora y deliciosa no nos seducen con poderío, Sevilla sabrá elogiar á los valerosos de tu *Guardia de caballería*, y *batallón del General de 1500 plazas*, que formaste, que amaestraste, que inspiraste aquel ardor, y que manifestaron tus imperterritos batallones en los campos del Abisbal en Cataluña, para la admiración de los pueblos todos del universo, como fueron los de Leuctra, Salamina y de Thapson. Tu espíritu patriótico tan ardiente como el de los Marios, Curcios y Atilios; tu santo frenesí por la libertad de la patria de los Codros, Decios, y Regulos; tu odio al enemigo como el del que hizo jurar sobre el sepulcro del vencedor de Sertorio los manes quequexos, y sangrientos de su patria: . . . ¡oh Abisbal! Sevilla admirada aun se acuerda de esta peroración, mas elocuente que la que resonó en las riberas del Granico: *Soldados, desde las orillas del Guadalquivir venimos en pos de la gloria de redimir á la adorada patria, y vengar las atrocidades cometidas por los enemigos de la humanidad en los desolados pueblos que hemos atravesado con rapidéz (1); y con la misma rapidéz de la*

---

(1) *Proclama del Conde del Abisbal en el quartel general de Medina del Campo 16 de Junio.*

marcha, que hicieron las tropas de Epaminondas en el Helesponto. Rapidez que pedian estas expresiones de tu exorto ¡oh, ilustre Conde! El enemigo corre, y aun tenemos que andar bastante para alcanzarle: vuestro ardor no reparará en las distancias, y el camino que mas directamente nos lleve al enemigo, estará siempre sembrado de rosas para los soldados. Estas expresiones tan energicas, se me figuran las que un dia se profirieron en los llanos de Yvri: siempre me hallareis en el campo del honor y de la gloria; las mismas con que el Mariscal de Túrena animó en la batalla de las Dunas, quando sus guerreros arrebatában las armas de las manos de los soldados extrangeros encarnizados con los vencidos con brutal ferocidad. Se dixo de Scipion que crecia para destruir á Cartago; y tú ¡oh ilustre conde! solo vives, para reducir á miserables escombros esa orgullosa sucesora de la potencia mas formidable del mundo. Porque ¿que podrá arredrar á este magnanimo Scipion, honor de la Republica, y gloria del Capitolio? Los fastos de Cataluña la belicosa, te pintan imitador de aquel genio de la guerra, que vivia placentero entre el hierro, y la llama, entre el polvo y la sangre: los campos venturosos del Abisbal te representan un Jugurta, para quien el fuego de la artilleria, la mortandad de los vencidos, el estrepito de las armas, el tumulto de los combatientes, el clamor de los moribundos, el polvo de las evoluciones, todo fué un espectáculo para tu alma, siempre tranquila en los mayores riesgos. ¿Que ardor no inspiraria esta presencia de espíritu, y el que diceses á tus valerosos, como el conquistador glorioso de las Galias: *¿Yo soy el conde del Abisbal? ¿no temais, que O-Donell está en vosotros?* No se hable pues de timidez vergonzosa, ni de baxa cobardia, que á donde quiera que conduzcas al exercito de reserva de Andalucia, alli triunfará. El heroe del norte que llenó de terror á los habitantes de Macedonia, y Asia: el heroe que arrojó con ignominia á los Visigodos de Misia, Dacia y Pannonia, decia á sus siempre vencedores: "Confíad en los aceros de esta espada, que ciñó el dios Marte, y la dieron gloriosas victorias, sin haber sido vencida.... Presto la vereis purpurear con la de los Romanos, Godos y Germanos" presto se teñirá el cuchillo de los invencibles Andaluces con la sangre de los orgullosos france-

ses. ¡Fuerte de Santa Maria de Pancorvo! ¡que nombre de gloria y de honor para los cazadores y granaderos de la primera brigada del ejército de reserva de Andalucía! ... ¡y que nombre para el conde del Abisbal, que asiste á la escalada con una animosidad y brio, que apenas tiene exemplar en la historia de todas las naciones guerreras del universo! El fuego horroroso de la plaza, los estragos del cañon mortifero, la explosion horrible, ¿pudieron arredrar á unos valientes, que entre montones de cadaveres executaban el asalto? ¡Que exemplar para Cesar, que tembló en Dyrrachio, y se estremeció en Munda! ¡aquel Cesar, de quien se dixo que á su voluntad las ciudades asintieron, los pueblos lisongearon, los enemigos obedecieron, y hasta los vientos y tempestades respetaron; aquel Cesar, que batió al Celta feroz y atrevido, humilló al belicoso germano, al impavido galo, y al breton indomable; aquel Cesar que, derrotado delante de Munda, corona de sus fatigas militares, arrebató á un soldado el escudo, y penetrando por entre las filas enemigas dixo: *¿asi abandonais á vuestro gefe? antes me quitaré la vida con mis propias manos, que morir debaxo de la vil espada de Pompeyo.*

¡Conde ilustre, y generoso! este exceso de desesperacion no veo que ocupa tu gran alma, ni que se estremece delante de Pancorvo; antes bien los Reynas, los Zappinos, los Saravias, los Salazares, dan un ilustre testimonio al mundo entero, de que son soldados del ejército de reserva de Andalucía. ¿Que verguenza para los que militaban en las banderas del inmortal Demostenes en la batalla de Cheronea, que este lex dixese: *no compañeros, no, vosotros no habeis faltado: jurolo por los manes de estos grandes varones, que combatiéron por la misma causa en los llanos de Maraton, en Salamina, y delante de Platea: si faltaron estos invictos Atenienses, pues vieron con ojos tristes y espantados á la victoria, que coronaba placentera las sienes de sus vencedores.* ¿Y á quien coronará delante de los torreonnes de Pancorvo? coronará sin duda al que puede decir á la agradecida Sevilla como el general romano: *Id, ó Senadores, id, y reconoced los parages donde peleé: el ejército de reserva de Andalucía es el que ha triunfado en Pancorvo, que no es la esforzada Grol,*



que no se rindió por la debilidad de los que la combatían; ni Ereso desamparada por el victorioso Scipion; ni Numancia, que no dobló la cerviz erguida al consul Mancino. ¡Que triunfo, conde esclarecido, la toma del fuerte de Pancervo, barrera de los franceses en aquellas provincias limitrofes de España, habiéndose derrocado este coloso, por la arrojada precipitación y atrevimiento digno de todo elogio de los cuerpos que le sitiaron! ¡Que gloria para un general, para el conde del Abisbal, que manda unos guerreros tan valerosos, tan obedientes, tan emprendedores! ¡para un conde del Abisbal, que desde Sevilla se dirige á los Pyreneos con la celeridad de un relampago, fiado en que sus animosos é imperterritos Celtiberos, vengarán los insultos hechos á su nacion esclarecida, por ese desposta sanguinario y feroz, asolador de los pueblos todos del universo, y tirano sojuzgador! Dixo un dia Lucio Marco á sus velites, que iban á vengar los manes de Roma, que desde los bosques de Ravena daban quexidos espantosos: ¿perezieron nuestros compañeros? ¿fenecieron los exemplos de fortaleza? ¿faltaron los estímulos de las grandes acciones? unas sombras me cercan dia y noche, me agitan y despiertan del sueño: me impelen á solicitar mi venganza y la de los ejércitos de mi patria. Si la vengarán los soldados del conde del Abisbal, pues son Andaluces del ejército de reserva; y los mismos que, acaudillados por Sertorio y Viriato, enjugaron las lagrimas á los manes de sus padres que, sentados sobre la lapida del sepulcro, lloraban la profanacion de las deliciosas margenes del undoso Guadalquivir. ¡Campos de Pamplona tan afortunados para el conde del Abisbal, como lo fueron un dia los de Thapson para Augusto!... ¡que recuerdo para mi alma, que se embriaga del placer mas seductor, al ver los esfuerzos del Masinisa intrepido contra los legionarios franceses, acaudillados del Pirro mas arrojado, y vanamente engañado! La historia ofrece pocos exemplares á la admiracion de los siglos y generaciones todas del universo, como el que 60. Andaluces hayan detenido el impetu tremendo de 350. franceses orgullosos, aguerridos y valientes. La Grecia presenta unicamente la retirada tan famosa de los 100., que puede servir de modelo á la

brabura de estos hijos de la guerrera Betica. Es verdad, que el paso del Granico hizo á Alexandro dueño de las colonias Griegas; la batalla de Issos puso en su poder á Tiro y á Egipto; y la jornada de Arbela le sujetó el orbe entero; pero el conquistador del oriente tenia muchas falanges como la Macedonia, tenia exércitos numerosos, que poblaban las margenes y llanuras del Tigris; y con 60. Griegos no hubiera sujetado á su carro triunfador las colonias de oriente; no hubiera aplanado los muros de la indomable Tiro, demoliendo los altos torreones de las ciudades fuertes de Egipto; ni los habitantes del orbe todo se hubieran postrado delante de este hijo de Marte, y del valor. La Francia en el brillante quadro de sus acaecimientos militares desde su espantosa revolucion, no nos presenta á 60. descendientes de los vengadores del campo de Rosbach, que se opusiesen en Jena á 350. invencibles mandados por Soult, como se ha visto en los campos de Sorauren y Oricain legua y media de Villava. Los Andaluces capitaneados por su Regulo belicoso, con rostro firme é inalterable, se han opuesto á los esquadrones enemigos, y cuya serenidad en medio del espanto, del horror y la muerte excede á todo elogio. Batallas sangrientas y espantables ofrece el teatro guerrero del universo; pero ninguna nos parece mas horrorosa, que la que acaba de darse en las margenes del Arga, y en la que los hijos del Betis han hecho prodigios de valor, como los de la Lusitania belicosa, y Albion la imperterrita. Un quadro horroroso, que no merece la vista de la historia, ofrece la batalla de Fontenoy en la que los destrozos de 150. muertos estaban esparcidos en aquellas llanuras, y reynaba un silencio medroso en el campo del combate: se veian muertos amontonados sobre muertos, vencedores sacrificados encima de los vencidos, guerreros mutilados, hombres moribundos y otros mas infelices por no poder morir: y en profundos gemidos, y gritos espantosos, la sangre, el horror, todo genero de heridas, y todo genero de muertes.

Esta escena horrible que hacia estremecer á la misma naturaleza, esta escena en los llanos de Sorauren encendió mas y mas el encarnizamiento, ¡oh conde ilustre! de los que sacaste de Villava, para detener el

torrente impetuoso de Soult, y que no fuese socorrida Pamplona. Para los admiradores de las grandes acciones, esta batalla ha sido mas gloriosa que la de Accio, la de los campos Farsalicos ó Filipicos: y batalla ganada por los Andaluces, pues á no encontrar el impetuoso Soult esta barrera, antes que llegasen nuestros valerosos aliados. . . . ¿y que ventajas, generoso conde, que ventajas por tu intrepidez, y la de las valerosas tropas que sacaste de Sevilla? tropas disciplinadas y aguerridas, tropas obedientes; no como las legiones de Latino Posthumo, que le desampararon en Aquileya. Pero ¿que extraño si su digno Agesilao se ha conducido en los campos de Pamplona, como el antiguo en el Helesponto? ¿un general que no abriga en sus batallones á aquellos soldados romanos que, como decia Pompeyo, estan poseidos de un terror pánico, mas aptos á la fuga que á la batalla? ¿un general, que solo manda soldados, como los de Augusto en los campos de Thapson, tan impacientes por pelear, que antes de mandarlo el Cesar, hicieron señal los instrumentos bélicos del ejército de batirse? ¿y un general que, como Acrotatenes, dixo en el sitio de Altmene, *hijos dignos de Esparta*: en el de Pamplona solo grita, *hijos dignos de España*?... ¡Conde ilustre! Sevilla lo profiere en el transporte de su admiración; pues en la salida que hicieron los enemigos el 26 del pasado, no resonaba otra voz en todo el campamento dulce y lisongera: *somos Españoles*: los que un día hicieron temblar á la señora del universo Roma, los que fueron el terror del imperio, y confusion de su orgulloso capitolio. Quando fué acometida la *Casa colorada*, y acometidos nuestros valientes: ¿que hizo el conde del Abisbal? dar un exemplo de fortaleza y animosidad; ¿que hizo? recordar las expresiones del gran capitán en el Garellano: *yo estoy determinado, dixo, de ganar un paso para mi sepultura, que volver atrás, aunque sea para vivir cien años*. El campeon ilustre del ejército de reserva de Andalucía, copió los sentimientos de un alma tan grande, quando batien-dole Soult por el frente, y la guarnicion de Pamplona por la retaguardia, debiendole considerar mas como sitiado que como sitiador de la plaza, ni se arredró, ni

tembló, ni huyó; pues solo decía á sus amados Andaluces; hijos, renovemos el valor de aquellos antiguos Lacedemonios, que lograron el honroso epitafio: *Caminante, vé á decir á Esparta, que morimos por sus santas leyes, y libertad.*

¡Que admiracion no ha causado este combate portentoso y bien sostenido por los valerosos Andaluces del conde del Abisbal, en el Lord Wellington justo apreciador de las acciones guerreras; en la España atonita, y que no puede volver de su estremecimiento, y cuyas voces lisongeras, que resuenan desde los altos Pyreneos hasta las columnas de Hercules!... ¡Ah, conde esclavizado! permite que enmudezca en esta ocasion, pues hay acciones tan grandes, que se deprimen con los elogios. No quisiera mas que coronar con el laurel y vistoso mirto á los bravos Andaluces, que han combatido por nuestra gloria y santa independencia en las margenes del Arga, y poder erigir monumentos fúnebres, grabando en sus pedestales gloriosas inscripciones. Musas placenteras del Guadalquivir, que entonasteis otras veces himnos á los que sacudieron el yugo del cartaginés orgulloso, y frenetico romano, inspirad melodiosos trinos á los hijos de Orfeo, para que canten al lado de las hermosas Nereydas sentadas en las corrientes que bañan á la magestuosa Sevilla. ¡Que día para el conde del Abisbal! ¡y que día para los soldados del ejército de reserva de Andalucía quando retornen á sus hogares!... ¡Triunfos de Metelo, y de Trajano ilustres! Roma, tú viste las ovaciones de aquellos guerreros, que enarbolaron tus victoriosas aguilas en la cumbre de los altos Piréneos: á vista de estas corpulentas moles, tambien han triunfado el nuevo Scipion, y sus valerosas cohortes.

---

*En Sevilla: por la Viuda de Vazquez y Compañia.*

*Año de 1813.*